

IV.

IV. “UN MILAGRO PARA JAIRO”

(Lc. 8, 40)

Y he aquí que llegó un hombre, llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga y cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba entrara en su casa porque tenía una sola hija, de unos doce años, que estaba muriéndose. Mientras iba, las gentes le ahogaban... Estaba todavía hablando, cuando uno de casa del jefe de la sinagoga llega diciendo: “Tu hija está muerta. No molestes ya al Maestro.” Jesús, que lo oyó, dijo: “No temas; solamente ten fe y se salvará.” (Lc. 8, 41-42, 49-50)

Cafarnaúm se había convertido en el centro de operaciones de Jesús, una segunda patria después de su infancia en Nazareth. Ahí estaban las casas de Pedro y de Zebedeo, los industriales de la pesca, con sus barcas. Por una parte, el gran lago que Él podía surcar en todas las direcciones, para visitar las diferentes poblaciones de la costa. Por otra parte, la montaña donde se retiraba por las noches a orar. Estaba la sinagoga bellamente restaurada y adornada con columnas de estilo griego alejandrino, y vigilada por un capitán de la escolta romana. Un pariente le facilitaba el hospedaje, para cuando no estaba de viaje en el interior de Galilea. A la sinagoga acudía los sábados y tomaba la ocasión para intervenir en la lectura y explicarla, anunciando la venida del reino. El jefe de la sinagoga le entregaba los rollos de la ley y escuchaba sus discursos. Sin duda, mantenían buenas relaciones pero éste, en su función oficial de jefe religioso de la comunidad, formaba parte de la organización de escribas, doctores y fariseos, quienes desconfiaban de toda novedad que no llegara de Jerusalén. No se dejaba entusiasmar por este joven aprendiz de profeta, a pesar de reconocer sus dones de palabra y sus poderes de curación, que lo convertían en el ídolo de los pobres y enfermos.

Un día, nos cuenta Lucas, Jesús regresaba de un país pagano (Gerasa) despedido y casi expulsado, por haber entrado en contacto con un endemoniado. En

cambio, en Cafarnaúm lo recibe, con entusiasmo, una gran muchedumbre. Sedientos de su palabra consoladora, deseosos de su maravillosa imposición de las manos que sembraba salud y vida. No faltaban los fariseos, siempre extrañamente hostiles, y los expertos en la ley, con sus distinciones bizantinas. Cosa extraordinaria, entre la gente estaba Jairo. También llevaba una pena en el corazón. Su única hija, una niña de doce años, se había enfermado gravemente. Se veía claro que las medicinas ya no le hacían nada y la vida se había retirado de su rostro, dejándolo frío como una estatua de cera. La casa se había vuelto una tumba y la desesperación estaba pintada en la cara de todos.

“Se llegó un hombre llamado Jairo, jefe de la sinagoga.” (Lc. 8, 42) Debió sentirlo como una humillación. La necesidad de acudir al taumaturgo, entre tanta gente pobre, él, toda una autoridad religiosa de la ciudad pero su corazón estaba destrozado; haría cualquier cosa para salvar a su hija. Realmente la niña estaba a punto de morir. No había dicho Jesús al hombre del brazo atrofiado, y en plena sinagoga: ¿extiende tu mano? El hombre quedó sanado al instante, delante de todos. Su alma estaba tremendamente agitada. No haría mal al pedirle un milagro a ese hombre, surgido de la nada, y que todos los sabios y poderosos de Israel trataban de ignorar. ¿No sería una traición a su posición de guardián de la ley? Pero veía a Jesús en medio del gentío que le apretujaba por todas partes, siempre tan paciente y sereno. Veía su cara como iluminada por una luz interior que imponía respeto y devoción. No podía considerarle más que un devoto israelita, bendecido por Dios con dones especiales. ¿Qué hacer, si este era su último recurso? “Y cayendo a los pies de Jesús le suplicaba entrara en su casa.” (Lc. 8, 41) Su gesto ya es una entrega; le pide que vaya a su casa, pero está dispuesto a todo. Seguramente su esposa y demás familiares le han movido porque tienen fe en Él. Él mismo no sabe de qué fe se trate; sin embargo, cumple con lo necesario, no cabe otra alternativa. Jesús lo mira y lo reconoce y trata de ponerse en camino, pero se le hace difícil. Él sabe que en este preciso momento la niña se está muriendo.

Hasta ese momento, la iniciativa ha sido tomada por este hombre afligido, impotente frente a la muerte. Quizás piensa en algún nuevo medicamento, a una fuerza superior que pueda comunicarse. Él mismo no lo sabe. No posee la misma fe que tienen los suyos. Al contrario, Jesús piensa en el reino que debe

ser anunciado; ve que deberá resucitar la niña muerta. Sabe que este milagro creará impacto en toda la ciudad. Está dispuesto a escucharle, a llegar en su ayuda. ¿Podrá con esto llevar a esta persona hacia la fe? Pero está muy ocupado, no puede abandonar al instante, tantos enfermos y dejarlos decepcionados. “Mientras iba, la gente le ahogaba.” Se mueve con la gran masa que se arrima a Él, lo empuja y aprieta para raptarle esa fuerza maravillosa que sana. Para demostrarlo, los evangelistas Mateo y Marcos, introducen en esta confusión, el milagro de la mujer que padecía flujo de sangre. La mujer creía en Él y pensaba que su comunicación con el Señor iba directamente de alma a alma, y que con sólo tocar su vestido recibiría su milagroso poder. “¡Con sólo que logre tocar el borde de su manto!” Jesús debería colocarse a la misma altura de esta fe humilde y radical.

De hecho, así fue; sin embargo, Jesús no se quedó callado. “¿Quién me ha tocado?” (Lc. 8, 45) Habían dos tipos de contacto: el exterior, que los apóstoles comprobaban en la apretazón de la gente; y uno interior que corría sobre el hilo invisible de la fe. Jesús quiso poner en claro delante de todos otro tipo de contacto y de comunicación con Él. También Jairo lo escuchó y reflexionó sobre la diferencia. ¿Cuál era el tipo de contacto que él pedía a Jesús? ¿El contacto anónimo de un remedio a la enfermedad o de una energía desconocida? o ¿era algo de nivel mucho más profundo que amarraba entre sí los espíritus? A esto se refería Jesús cuando gritó: ¿Quién me ha tocado? Además, era necesario que la gloria del Padre fuera proclamada. Todas sus obras eran obras del Padre.

Y esta proclamación era también una lección para Jairo. En este preciso instante se invierten los papeles. Jesús toma la iniciativa y empieza a penetrar en la roca dura de este hombre, totalmente amarrado por los prejuicios acerca del Mesías. Eran los prejuicios de cierta clase alta de Israel, de los poderosos. Había que crear un impulso nuevo, que revolucionara todos los conceptos humanos y le introdujera ese hombre a la pura acción del espíritu. La misma actitud de la mujer era parte de esta lección. “Viéndose descubierta, la mujer se acercó temblorosa y postrándose ante Él, contó delante de todo el pueblo, por qué razón lo había tocado, y cómo, al punto había sido curada.” (Lc. 8, 47) Era un luminoso testimonio de fe, fe en el Creador y fe en el enviado de Dios. Y en esta fe insiste Jesús al despedirla: “Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz.” ¡Qué

diferencia entre los milagros de Jesús y los que estaban escritos en las vidas de los profetas! Aquellos eran fruto de una oración a Dios. Jairo recordaba a Moisés golpeando dos veces la roca, por sus dudas, para cumplir la orden de Dios; recordaba a Eliseo golpeando dos veces las aguas del Jordán con el manto enrollado de Elías. En cambio, Jesús pedía fe. Esta fe era como un canal de doble vía: la fe del enfermo provocaba al alma de Jesús y Él respondía con la energía divina del milagro. Dos corrientes que se encontraban para que se diera el milagro. Nada de mecánico o fatal; sino comunicación de corazones: una doble vida que se compenetraba en la unidad con el Padre.

Para Jairo era una lección dura y difícil de entender en su mente negociadora de los asuntos de Dios, pero vio perfectamente lo que a Él faltaba. ¿Nunca llegaría a alcanzar esta nueva fe? La lograría únicamente quien pudiera abrir su corazón y hacerle espacio para que el corazón de Él lo contactara. Su desesperación se volvió terror en el momento en que llegaron noticias desde su casa. “Estaba todavía hablando cuando uno de la casa del jefe de la sinagoga llega diciendo: Tu hija ha muerto.” Este era el punto final. Si él no tenía fe para un simple milagro, ¿cómo se atrevería a pedir la resurrección de un muerto? El mensaje confirmaba este pensamiento: “No molestes más al Maestro.” Su mente quedó totalmente en blanco. Ya no había nada qué reflexionar. Su hija estaba muerta. La angustia había tocado el fondo.

Se quedó mudo: ¡Mi única criatura! Más allá de la muerte, sin nosotros. Hace unos días jugaba con las demás; toda una burbuja de alegría, carreras y danzas. Sus ojos resplandecían, claros como gotas de agua. Sentía algo pesado y oscuro brotar desde la profundidad de su alma: una ira violenta. Ya no hay nada que pedir al Maestro. ¿Es demasiado tarde para pedirle que la regrese a la vida? ¡Imposible! El rey también estaba enfermo, el profeta le anunció su muerte. Lloró y rezó a Dios quien le añadió quince años de vida. ¡Pero todavía no estaba muerto... mi hija ya no existe! ¿Para quién rezar? Jairo oía las voces de los peregrinos, enfermos, suplicantes, alrededor de Jesús; era como el ruido sordo, de las olas sobre la playa, un mundo lejano, confuso, sin sentido, pero Jesús no lo dejó. Había llegado la hora cero. Él tomaría el mando.

Jesús se adelanta a cualquier comentario, su voz es calmada, segura, preocupada: “No temas, solamente ten fe y se salvará.” Jairo sabía que su fe se había agotado;

era inexistente. Vio el Maestro venir hacia él. ¿Qué hacer? ¿Rechazarlo? ¿Decirle que se vaya; que este ya no es lugar para Él? ¿Cómo puede salvarse en el futuro, si ya es pasado, ya está muerta? Las profundas intuiciones con que Jesús lo había preparado, se esfumaron como niebla al sol. Frente a la muerte no hay fe que resista; ni futuro. Sólo hay frío, ausencia e inmovilidad; todo lo contrario a la vida. Jesús seleccionó sólo tres de sus discípulos y, con ellos, trajo a Jairo de regreso a la casa quien se dejaba mover suavemente, sin resistencia; nada importaba ya. En el fondo de esta noche que lo envolvía, todavía humeaba una lámpara recién apagada. ¿Sería posible que volviera a encenderse? Jesús no había perdido su calma. Su rostro lucía tan sereno como cuando había hablado a la mujer sanada. ¿Qué significaba? ¿Insensibilidad en la tragedia? De todos modos, el sentirse acompañado ya era para Jairo un alivio; llenaba un vacío demasiado amenazador.

“Al llegar a la casa, no permitió entrar con Él más que a Pedro, Juan y a Santiago, al padre y a la madre de la niña.” (Lc. 8, 51) Ambos lo introdujeron; él totalmente escéptico; ella aferrándose a sueños ilusorios. Para los vecinos, el velorio se había convertido en algarabía de fiesta. La muchacha era un ángel que se había volado. Llantos, cantos y música se fundían en un sólo coro, para decirles a los queridos esposos que la amistad es la capacidad de sufrir juntos. “Todos lloraban y se lamentaban.” Como que el llanto es la condición normal de la existencia. Como que llorar era colocarse en la verdad. Reconocerse en la tristeza, era ya, por sí, un consuelo; era recuperar una libertad perdida. En la casa de Jairo hay gran alboroto. La muerte se espanta con una fiesta, bailan para olvidar: música, plañideras, vino y panes dulces. Ella murió, pero los vivientes estrechan sus lazos. Si no puede olvidarse la muerte, hay que ignorarla; esconder esa cosa triste.

Es una familia conocida, goza de simpatías; la compasión es sincera pero es necesario celebrar la muerte con la vida, según la costumbre. Las plañideras lloran, las rezadoras cantan salmos; los vecinos se agrupan para contar historias. En medio de ese vaivén, Jesús llega con el pequeño grupo. Su modo de ver la muerte es diferente, la ve desde el corazón de los padres. Él ve a la niña más allá del milagro y por esto insistía en que sólo estaba dormida. “No lloréis, no ha muerto: está dormida.” (Lc. 8, 52). Pero la gente no poseía su visión divina

y sus ojos humanos les decían que estaba muerta y se burlaban de él. “Pues sabían que estaba muerta.” Jairo, recordó la doble visión: la de los discípulos y la de Jesús, a propósito de los empujones y contactos, en el caso de la mujer enferma; la superficial de ellos y la espiritual de él. Y empezó a sentir que la atmósfera del milagro todavía no se había disipado y que lo rodeaba como un umbral. ¿Habrá que rendirse al misterio, aunque sea indescifrable? Pero esta fe nebulosa debe ser cambiada, aclarada, iluminada por esta luz nueva que Jesús llama el Reino.

Entraron en la habitación, sólo ellos. La niña se veía más blanca que las sábanas, más rígida que el paso del tiempo. Estaba como a una distancia infinita. Jairo finalmente la vio y lloró. Sintió que podía rezar. Recordó lo expresado por la mujer: “con tal que yo toque el borde de su vestido”. Jesús estaba allí muy cerca, todo disponible. Solamente esperaba una petición. Nadie se atrevía a decirle: ¡Señor dale vida! ¿Quién era él? ¿Cuál era la fuerza de esta palabra que proclamaba como palabra del Padre? Jairo entendió que el único contacto que podía tener con él era de palabra a palabra. Entendió que su propia palabra era mero sonido, vibración en el aire. Mientras la palabra de Jesús tenía la fuerza del huracán. Entendió que cuando Él hablaba del Padre, era palabra del Padre, y el Padre era el mismo Dios, el Dios que habló con Abraham, con Moisés y con los profetas. Y cada vez que Dios hablaba, cambiaba el rumbo de la historia. Y esta palabra estaba ahora ahí frente a él, a su esposa y a la niña. En este momento creyó que si Jesús decía una palabra, la niña recobraría la vida. Nada era imposible a la palabra de Dios.

Ellos ven a la niña muerta, su niña única, su esperanza y su cariño. Ya tiene doce años. Ha crecido en la sombra de la sinagoga, ya sabe cantar los salmos. Ella pertenece a Dios. Los papás no pueden pensar que esta flor se marchite así y, con ella, todos sus sueños. Jesús pide más fe. No sólo la aceptación de un don, un regalo: pide el reconocimiento de su misión. Ha dicho: “El reino de Dios está entre vosotros”. Deben cesar todos los ruidos mundanos; que se calle la música, cesen las lamentaciones y los salmos. Este discurso no se dirige a un Dios ausente... lejano. Dios está aquí. Los papás miran a Jesús en silencio, se sienten atados a Él por la vida. Su fe se fortalece. Toda esta gente que está afuera, lo proclama el Salvador de Israel. Pedro, Juan y Santiago

eran testigos; eran pescadores del lago, ciudadanos de indudable solvencia; su testimonio era válido en la comunidad. Jesús los ha llevado para demostrarles algo que ellos ignoran. Nunca le habían visto revivir un muerto. La niña no es un objeto útil para una demostración. Ella es el tesoro de sus papás. Son israelitas fieles a la Alianza Antigua.

Pero Jesús los ha ido llevando con suavidad hacia la luz plena, hacia una Alianza Nueva. La hijita es la pequeña estrella que los guiará hacia esta nueva alianza. Por esto es necesario un contacto. Jesús toma las manos de la muerta en sus manos, como un sacramento; es un signo y una realidad. Jairo le dijo simplemente: “Señor, háblale”. “Él, tomándola de la mano dijo en voz alta: niña, ¡levántate!” La vida ha vuelto a fluir, desde mis manos a tus manos; puedes nuevamente correr. La mamá no podía creer a sus ojos. Jairo quedó callado; un extraño temor lo invadió. Recordó de repente a Elías, en el monte sagrado Oreb; cuando vio pasar a Dios delante de la cueva. Era el mismo temor de la presencia de Dios. “Retornó el espíritu en ella y, al punto, se levantó.” Los testigos comprobaron que las palabras eran escuchadas y obedecidas: palabras dirigidas a un cuerpo inerte, palabras que hacían circular la sangre.

Vencida la muerte, vencida la enfermedad, Jesús recomienda que le den de comer. Ya está en buena salud. Pedro, siempre impetuoso, no se atrevió a hablar: delante de sus ojos estaban las dos barcas llenas de pescados, recogidos en pleno día, efecto de una sola palabra. Entonces había exclamado: “Retírate de mí Señor que ¡soy pecador!” Jairo se quedó en silencio, con su terror en el alma. Y lloraba, pero sus lágrimas eran de pura emoción; no sabía si era más el agradecimiento o, bien, esta nueva luz que se había prendido dentro de él. Marido y mujer se miraron, sentían que la vida había vuelto a circular dentro de sus venas que estaban más muertas que las de la hija. Ahora, su fe en Jesús era la misma fe en el Mesías, anunciado por Daniel, Isaías y Jeremías; del antiguo credo a uno nuevo. A su lado estaba la prueba viviente, la niña resucitada y también el autor de la resurrección. Juan evangelista dirá más tarde de Él: “Él era la luz de los hombres.” (Jn. 1, 4)

El jefe de la sinagoga percibió el cambio: la ley por la promesa, las palabras de los profetas, se perdían en el tiempo pasado, constituían una fase preparatoria

de lo que hoy él había visto. Dios no estaba lejos de su pueblo: “vino a su casa y los suyos no lo recibieron.” ¿Había que publicar este milagro? ¿Anunciarlo con todos los medios? Jesús lo prohibió; no quiso que se hicieran escándalos. El tiempo debería madurar poco a poco. No sería prudente imponer una verdad que nadie podría soportar: “Y puso su morada entre nosotros.” (Jn. 1, 14) Ya no los dejaré. Esta es la nueva era, la nueva alianza. “Porque la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.” (Jn. 1, 17) El Jefe de la sinagoga y su devota esposa pedían entender esto y creerlo, pero la gente de fuera no podría y ellos, tampoco, quedando dentro de la perspectiva de la sinagoga. Ellos se volvieron creyentes pero no podrían expresar con palabras esta nueva fe.

“En el mundo estaba y el mundo no lo conoció.” (Jn. 1, 10) Juan, uno de los testigos, estaba formulando en su interior la primera página de su evangelio. Pedro, Juan, Andrés y los padres de la niña, ya no son “del mundo” porque han visto la luz: “La vida era la luz de los hombres.” La Palabra era la luz verdadera. Este milagro no sólo era un portentoso admirable; era la revelación de la luz. La muchacha resucitada proclamaba en su inocencia la irrefrenable alegría de la vida; no podía entender cómo de repente sus padres se habían vuelto serios y preocupados. Algo había cambiado en su vida; estarían por siempre de su lado. Se encontraban incorporados al misterio doloroso de los creyentes en Cristo. Trataron de explicárselo a su criatura. Para ella, Jesús era el amigo y protector, si era también taumaturgo e Hijo de Dios, formaban una sola realidad. Su presencia en carne y hueso no excluía el misterio infinito del Hijo de Dios.

No había razón para dudar de que el hijo de María fuera también hijo del Altísimo. La jovencita intervenía con razones que sólo comprendía el corazón. A su misma edad, Jesús se había encontrado en el Templo de Jerusalén discutiendo con los doctores de la ley. ¿No la había salvado de la muerte con sólo un apretón de mano y una palabra? Juan escribirá en una carta a la Señora Electa: “muchos seductores han salido al mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne: ese es el seductor, y el anticristo” (I Jn. 7) Su contacto era humano, pero su fuerza era de Dios. La carne es nuestro inmediato contacto con Jesucristo, él nos dará su carne para comer pero es la carne de

Dios Hijo y la vida que alimenta es eterna. A todos los que la recibieron les dió poder de hacerse hijos de Dios (Jn. 1, 12)

Jairo, desde la sinagoga, desde la tradición, entra a formar parte del manípulo de seguidores de Jesús, sabiduría del Padre, entra en la historia de la salvación y del reino. Todos los que lean este evangelio, compartirán su angustia y admirarán su fe. En el primer momento de su encuentro con el Señor, sólo pedía una salud física. Jesús, por su parte, le reservaba un regalo muy diferente: le ofrece su propia vida y la gracia. Sólo al final, Jairo lo acoge como la presencia del Verbo hecho carne: la inaudita presencia de Dios entre nosotros. Jairo, desde el principio, había creído en su poder de sanación; en cambio, al acogerlo, conoció al Mesías, el hijo del hombre. El milagro había sido un regalo personal de Jesús para él.

Pedro, Juan y Andrés salieron de la habitación en silencio, con Jesús. Cerca de la casa se habían concentrado nuevamente los enfermos, buscando al Señor. ¡Quién te acogiera con la misma fe! “Hoy la salvación ha entrado en esta casa.” Has ganado dos nuevos discípulos y tres testigos.

